

VOLVER A CAMINAR EN LA CIUDAD DESPUÉS DE LA PANDEMIA. UNA POSIBLE SOLUCIÓN A LA TENSIÓN ENTRE EL ADENTRO Y EL AFUERA

*Víctor-Isolino Doval González**

RESUMEN: Hay una paradoja en la vida en el interior y la vuelta a cierta normalidad luego de la pandemia. Forzados por el covid-19 y de la mano de la tecnología, ha cambiado el ritmo y el funcionamiento en las ciudades y pareciera que la vida al aire libre ya no es indispensable. A partir de postulados clásicos, verificados en el planteamiento de ciudad de Jacobs, se propone una vuelta a la condición de naturaleza que determina lo humano y a la armonía entre lo artificial y lo natural, encarnada en el acto de caminar.



WALKING AGAIN IN THE POST-PANDEMIC CITY.

A POSSIBLE SOLUTION TO THE TENSION BETWEEN INSIDE AND OUTSIDE

ABSTRACT: There is a paradox between the indoor life and the return to certain normality after the pandemic. Forced by the covid-19 and accompanied by the technology, the rhythm and function of the cities have changed, and it seems to be that the outside life it is not indispensable. From classic postulates, verified on Jacobs' approach to the city, I propose a return to the condition of a nature that determines the human and to the harmony between the artificial and the natural, incorporated in the act of walking.

PALABRAS CLAVE: belleza, espacio, habitabilidad, humanismo urbano.

KEY WORDS: beauty, dwelling, space, urban humanism.

* Universidad Panamericana.

RECEPCIÓN: 8 de noviembre de 2021.
APROBACIÓN: 16 de diciembre de 2021.
DOI: 10.5347/01856383.0143.000306365

VOLVER A CAMINAR EN LA CIUDAD DESPUÉS DE LA PANDEMIA. UNA POSIBLE SOLUCIÓN A LA TENSIÓN ENTRE EL ADENTRO Y EL AFUERA

*Las fatigas de los necios serán su tormento,
porque desconocen el camino que va a la ciudad.*

NATALIA GINZBURG

El exterior provoca vértigo. No hace falta imaginar la desazón y angustia que provoca el mar abierto. Incluso la tierra firme, sin límites, puede conducir a la muerte, como en el caso de Pajom, el protagonista del relato de Tolstói “¿Cuánta tierra necesita un hombre?”, un campesino que, hechizado por la ambición de conseguir fácilmente unos terrenos en las vastas planicies del Volga, muere en el intento.

A diferencia del afuera, los límites del adentro ofrecen cierta seguridad y lo vuelven acogedor. “La casa —escribe Gaston Bachelard— es un cuerpo de imágenes que da al hombre razones o ilusiones de estabilidad”.¹ La casa es hogar; literalmente, el lugar de la domesticación del fuego. Adentro, el hombre no solo evita la furiosa inestabilidad del afuera. El dentro es, además, la condición de posibilidad de la vida orde-

¹ Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, trad. por Ernestina de Champourcín (Santiago de Chile: FCE, 1993), 48.

nada y en paz. Los límites de la casa ofrecen a quien la habita seguridad, sosiego y los elementos básicos para el descanso, la convivencia y el trabajo.

“Y la casa —sigue Bachelard— ya no conoce los dramas del universo. A veces el viento viene a romper una teja para matar a un transeúnte en la calle. Ese crimen del tejado solo apunta al peatón tardío. El rayo enciende un instante los vidrios de la ventana. Pero la casa no tiembla bajo el trueno. No tiembla con nosotros y por nosotros. En nuestras casas, apretadas unas contra otras, tenemos menos miedo.”²

Le Corbusier ansiaba alejarse de la suciedad del afuera. Fascinado por el dentro, ideó ciudades asépticas, con viviendas levantadas sobre la tierra, elevadas sobre la superficie para los animales. Su célebre plan Voisin vino a cumplirse a casi cien años de su proyección. Ante la pandemia de covid-19, muchos volvieron a la seguridad salubre de la casa, liberados de la porquería bestial. Hoy, salir es opcional gracias a nuestros portentos tecnológicos. El afuera, donde están los animales, es fuente de enfermedades. Solo hay vida racional en la verticalidad del rascacielos y la eficacia horizontal de la autopista; el zigzagueante ras de tierra es para las bestias. “El ángulo recto es el útil necesario y suficiente para actuar, puesto que sirve para fijar el espacio con un rigor perfecto.”³

Además, el afuera también es germen del mal moral, como sabía Lázaro, el protagonista de *La carcajada del gato*, la novela de Luis Spota llevada al cine por Arturo Ripstein. El castillo de la pureza salubre alcanza también al corazón humano. Afuera también hay hostilidad. El otro es nuestro enemigo y, ahora, fuente de contagio. “No hables con extraños” es la máxima materna que todos escuchamos alguna vez. La incertidumbre del afuera no existe entre los límites del adentro. ¿Acaso no es la ciudad solo la suma de esos sitios de resguardo, fortines que nos protegen de la inclemencia y la maldad del afuera? ¿Acaso no, al final, el interior nos preserva tanto de la tormenta como del otro?

La pandemia pareció confirmar los postulados lecorbusistas y da la impresión de que el adentro hogareño es la realización del habitar, la ver-

² *Ibid.*, 58.

³ Le Corbusier, *La ciudad del futuro*, trad. por Enrique L. Revol (Buenos Aires: Ediciones Infinito, 2015), 28.

dadera apropiación del espacio. Sin embargo, las ventajas que el adentro brinda al individuo ofrecen al menos tres problemas en la órbita de la ciudad. Primero, dado que la importancia de la casa es su interior, tiende a dar igual cómo sea su exterior, su faz. Ello conduce a fachadas, si bien no horrendas, al menos sí descuidadas o con poco esmero arquitectónico. Por lo demás, el habitante de una casa no puede mirarla completa más que estando en el exterior. Segundo, paradójicamente, la ciudad son sus fachadas. Solo desde el exterior es posible apreciar la ciudad. Pero dado el menosprecio del exterior, es posible la propagación de ciudades feas. Y, por último, la casa es un reducido espacio privado, opuesto a la amplitud del espacio público.

A pesar de la indudable seguridad sanitaria que brinda el cobijo interior, la vida no parece agotarse en el adentro. Empujados por convencionalismos sociales o por la costumbre o por el hartazgo, queremos superar los muros privados y salir al exterior porque el “quédate en casa” ya es insoportable. Y, luego de casi dos años de encierro, lo que hemos visto afuera es cierta recuperación de la calle.

Ante la imposibilidad de afrontar los gastos, por poner un caso, pequeños restaurantes y cafés han ensanchado sus fronteras saltando del dentro, tan restringido y diminuto, al amplio afuera callejero. La escena se repite en los barrios de Ciudad de México. Sobre la calle (banqueta y arroyo vehicular) reposan mesas a la sombra de toldos, unos menos improvisados que otros, adornados con efímeras macetas. El encierro compartido enferma. Para ver a otros hay que hacerlo en la libertad aérea del exterior. Como ocurrió en las pandemias de los siglos XIV y XX, la propagación de la muerte está forzando a repensar las ciudades. La vida en la ciudad no podrá ser como hasta ahora. En núcleos urbanos como Ciudad de México, la agonía económica le arrebató espacio a los coches.

El nuevo paisaje callejero covidiano confirma lo apuntado, entre otros, por Jane Jacobs, sobre que la ciudad es la calle. “Si las calles de una ciudad están a salvo de la barbarie y el temor, la ciudad está tolerablemente a salvo de la barbarie y el temor. Cuando la gente dice que una ciudad o una parte de la misma es peligrosa o que es una jungla, quiere

decir principalmente que no se siente segura en sus aceras.”⁴ La gente le ha arrebatado espacio al coche y con esa recuperación de la calle, la ciudad se ha revitalizado.

Es curioso que haya sido un virus de origen zoonótico el responsable de que el *zoon politikón* se apertrechara en el interior. Es una especie de batalla biológica en la que olvidamos que somos animales. A pesar de las evidencias, vivimos empeñados en rechazar o imponernos a la naturaleza. La naturaleza nos provoca miedo y asco y vamos aplastándola con un montón de instrumentos para sobrevivir en ella.

La antigua relación entre carne y piedra se rompió con la irrupción del acero, el vidrio y el hormigón, que dieron paso a la ciudad industrial. Una ciudad cerrada, tendiente al cielo. El protagonista de esa ciudad fue otro intruso: el coche. La calle (aérea, bulliciosa, terrena) dio paso a la máquina, que se adueñó de la superficie y expulsó a sus antiguos habitantes.

En otro lugar escribí que “habitar el espacio —hacerlo ciudad— es transformarlo en lo más bello, poetizarlo y, también, trascender mediante su cuidado; una idea —la del cuidado— que es urgente recuperar”.⁵ Me parece que la noción de cuidado depende de la idea de lo necesario: cuido aquello que necesito. Por supuesto, esa necesidad puede ser vital (como cuidar el agua) o moral (cuidar el relicario de la abuela para que no se pierda). En cualquier caso, como apunta Alejandro Llano, “cuidado es atención, respeto, ayuda. Es algo a lo que los clásicos griegos llamaban *epiméleia*. El que adopta esta actitud no pretende irrumpir agresivamente en la realidad, sino ‘dejarla ser’, cuidarla para que crezca armónicamente”.⁶

Sin embargo, a partir de cierto urbanismo industrializado, se supusieron dos cosas: que la ciudad debe ser eficiente a costa de su armonía con la naturaleza, y que todo esfuerzo por cuidar el entorno natural donde se enclava la ciudad es superfluo y trivial. Esta concepción eficientista, preponderante en regímenes totalitarios como el soviético, que

⁴ Jane Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, trad. por Ángel Abad y Ana Useros (Madrid: Capitán Swing, 2011), 55.

⁵ Víctor-Isolino Doval y José Antonio Lozano, *Ciudad y belleza* (Ciudad de México: Tirant lo Blanch, 2019), 82.

⁶ Alejandro Llano, *Deseo y amor* (Madrid: Encuentro, 2013), 48.

prohibió las fuentes por considerarlas dispendiosas, o como la China de Mao, donde se prohibieron las flores en los parques por la misma razón, no considera a la persona como una unidad corporal-racional que necesita de la vivencia del espacio.

Esa experiencia vivencial del habitar implica lo bello tanto como manifestación y como elemento. Al respecto, Roger Scruton propone el caso del jardín. En el jardín se expresa la armonía entre técnica y naturaleza en pos de un espacio habitable; una belleza cotidiana que es posible por un influjo de la razón en armonía con lo natural.⁷

Permítaseme la expresión: el jardín es un espacio natural racionalizado. El jardinero conoce el *nomos* de la tierra y en complicidad con ella habita el espacio: lo embellece. La tierra impone sus pautas; pero ello no impide armonizarse con ella, que ha decretado una ley anterior a toda ley. Ese *nomos* es la condición de posibilidad de lo humano. Violar la ley de la tierra implica infligirnos el peor de los castigos.

Me parece ver aquí una tensión un tanto evidente. ¿Hasta qué punto la técnica debe intervenir en la naturaleza? El caso de la agricultura es paradigmático. Como con la jardinería, ahí se armonizan campo y razón. El mejor fruto se obtiene si se comprende la legislación terrenal. Lo mismo ocurre con la doma del caballo, el jinete que se hace uno con la bestia hasta parecer un centauro. Es un logro en común entre razón y naturaleza.

La ciudad, sin embargo, se ha plegado a las pautas instrumentales hasta convertirse en un mero espacio de aglomeración y agregación, al margen de su principio clásico: propiciar la vida buena de sus habitantes. Lo ha visto con claridad Byung-Chul Han,⁸ para quien el olvido de la filosofía clásica ha imposibilitado toda política de lo bello a cambio de una política que ha expulsado a la persona y en la que impera lo sistemático, lo instrumental. La imposibilidad de la política de lo bello —que, en contrapartida, es una política de la libertad porque es genuina acción— hace imposible, a su vez, la acción verdaderamente política.

⁷ Roger Scruton, *La belleza*, trad. por Jord Ainaud i Escudero (Barcelona: Elba, 2017), 99-117.

⁸ Byung-Chul Han, *La salvación de lo bello*, trad. por Alberto Ciria (Barcelona: Herder, 2016), 83-88.

Esa vida buena implica, necesariamente, la armonía entre lo material que somos y lo inmaterial que hay en nosotros. La célebre sentencia de Cicerón escrita en una de sus cartas a su amigo Varrón (180, ix.4)⁹ sintetiza esto que quiero decir: *si hortum in bibliotheca habes, deerit nihil* (“si tienes un huerto cerca de tu biblioteca, no necesitas nada más”). La pauta de la dimensión de la ciudad reside en la propia corporeidad del hombre. Así como hay una correspondencia entre el alma racional y la mano humana (instrumento de instrumentos, como la definió Aristóteles),¹⁰ la ciudad buena lo será en tanto que se corresponde a la medida humana. Pero la mano no solo es instrumento de instrumentos; además, es el medio con el que el hombre se vincula técnicamente con el mundo y vehículo de su expresividad.¹¹ La dimensión de la ciudad debe guardar una correspondencia con el cuerpo humano, que se establece mediante los alcances de la mano y el ojo: “[e]l medir es la esencia del hombre en relación con la dimensión asignada a él como medida que lleva el habitar a su esquema fundamental. El medir de la dimensión es el elemento en el que el hombre tiene su garantía, una garantía desde la cual él mora y perdura. Esta medición es lo poético del habitar”.¹²

El otro elemento que vincula al hombre con el mundo es el ojo que, como escribe Merleau-Ponty, “cumple el prodigio de abrir al alma lo que no es alma, el bienaventurado dominio de las cosas”.¹³ Sin embargo, la intrusión del automóvil en la ciudad trastocó lo que la mirada percibía en ella. Paulatinamente, el tiempo en la ciudad se volvió fugaz y el espacio perdió entidad.¹⁴ Las posibilidades técnicas que nos permitieron sobrellevar la vida en el encierro de la pandemia ya venían agravando la degradación social desde antes del covid-19. Para cuando nos

⁹ Cicerón, *Letters to friends*, trad. por D. R. Shackleton Bailey (Cambridge: Loeb Classical Library / Harvard University Press, 2001), 158.

¹⁰ Aristóteles, *Acerca del alma*, trad. por Tomás Calvo Martínez (Madrid: Gredos, 1988), 432a.

¹¹ José Gaos, *Dos exclusivas del hombre. La mano y el tiempo* (Ciudad de México: FCE, 1945), 34-41.

¹² Martin Heidegger, “Poéticamente habita el hombre”, en *Conferencias y artículos*, trad. por Eustaquio Barjau (Barcelona: Ediciones del Serbal, 2001), 145.

¹³ Marcel Merleau-Ponty, *El ojo y el espíritu*, trad. por Alejandro del Río (Madrid: Trotta, 2017), 61.

¹⁴ Al respecto, puede verse la reciente obra de Hartmut Rosa: *Alienación y aceleración: Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía* (Buenos Aires: Katz, 2016) y *Resonancia: Una sociología de la relación con el mundo* (Buenos Aires: Katz, 2019).

vimos obligados a encerrarnos, el encuentro entre los diferentes estaba minado por lo digital. El cuerpo humano y la ciudad eran aún más porosos y líquidos.¹⁵ Apunta Han:

Hoy, el globo entero se desarrolla en pos de formar un gran panóptico. No hay ningún afuera del panóptico. Este se hace total. Ningún muro separa al adentro del afuera. Google y las redes sociales, que se presentan como espacios de la libertad, adoptan formas panópticas. Hoy, contra lo que se supone normalmente, la vigilancia no se realiza como *ataque a la libertad*. Más bien, cada uno se entrega *voluntariamente* a la mirada panóptica.¹⁶

Dicho con Richard Sennett, “la eliminación del espacio público viviente está relacionada con una idea aún más perversa: la de volver al espacio contingente para el movimiento”.¹⁷ Una ciudad donde impera la aceleración es una ciudad *contra natura*. Solo “[c]uando caminamos, tenemos tiempo de ver los rostros y los detalles”.¹⁸ La ciudad como espacio de aparición del otro se transformó en una ocasión para la fuga y la evasión; para huir hacia el dentro de la casa, convertida en ese refugio impenetrable para el otro.

Eduardo Nicol señala la ruptura que propicia el aplastamiento de la tierra por mor de los anhelos imperiales de la mente. “Si por sujeto no se entiende a la persona humana en su unidad integral, sino tan solo la psique o la conciencia, de ahí se infiere que el cuerpo no es parte constitutiva de su propio ser, sino algo en cierto modo externo o ajeno; es un objeto entre todos los demás objetos: algo de lo cual el sujeto tiene conciencia”.¹⁹

¹⁵ El estudio de Olga Sabido sobre la sensibilidad corporal en la ciudad a partir de Simmel ofrece un caso de estudio en Ciudad de México que muestra los alcances de la crítica al problema de la ciudad porosa. Véase: Olga Sabido Ramos, “La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: una perspectiva sensorial”, *Estudios sociológicos*, xxxviii, núm. 112 (2020).

¹⁶ Byung-Chul Han, *La sociedad de la transparencia*, trad. por Raúl Gabás (Barcelona: Herder, 2013), 94.

¹⁷ Richard Sennett, *El declive del hombre público*, trad. por Gerardo di Masso (Barcelona: Península, 1978), 23.

¹⁸ Jan Gehl, *Ciudades para la gente*, trad. por Juan Décima (Buenos Aires: Ediciones Infinito, 2014), 42.

¹⁹ Eduardo Nicol, *Psicología de las situaciones vitales* (Ciudad de México: FCE, 2013), 39.

Habitar es ocupar un espacio y dimensionarlo según lo humano. Habitar es delimitar la naturaleza según sus pautas. Heidegger pensó que solo se puede habitar si se construye.²⁰ Pero esa construcción heideggeriana no es apabullante, sino vinculante. De ahí que el ejemplo que propone sea el puente. El puente une. El habitar es el modo humano de ocupar un espacio (paradójicamente, el filósofo alemán huyó de la ciudad para refugiarse en la soledad de su cabaña en el bosque).

Una ciudad que solo funciona como un lugar para los traslados no es susceptible de ser habitada²¹ y, por lo tanto, es fea, volátil, porosa, sin los mínimos requisitos para propiciar la cohesión social. Al margen de la habitabilidad es imposible que pueda establecerse el diálogo indispensable para la concordia de la cooperación.²²

La riqueza vivencial de lo humano no guarda correspondencia con una ciudad que ha explotado los alcances técnicos sin considerar a la naturaleza donde está. El constreñimiento instrumental que hoy agota a las ciudades responde a que sus habitantes han dejado de considerarse personas para convertirse en piezas funcionales de una gran máquina. Así, “[l]a preocupación por la vida buena deja paso a la histeria por la supervivencia. La reducción de la vida a procesos biológicos y vitales desnuda la vida misma [...] La pura supervivencia hace que desaparezca toda teleología, toda finalidad”.²³

La belleza es la condición del habitar. Le permite al hombre vincularse con el espacio hasta generar una *topofilia*. Un cuidado del espacio. Todo espacio bello lo es porque razón y tierra han logrado acompañar sus propias leyes. Por eso —según ha advertido Juan Carlos Mansur—,²⁴ la fealdad de un espacio refleja descuido, falta de amor o indiferencia e, incluso, una apreciación de uno mismo deformada que desemboca en la pérdida de creatividad, libertad y amor para vincularse con el entorno y los demás; un quebranto en el sentido originario de habitar.

²⁰ Martin Heidegger, “Construir, habitar, pensar”, en *Conferencias y artículos*, trad. por Eustaquio Barjau (Barcelona: Ediciones del Serbal, 2001), 112-119.

²¹ Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, 377-410.

²² Doval y Lozano, *Ciudad y belleza*, 64 y 65.

²³ Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, trad. por Arantzazu Saratzaga Arregi y Alberto Ciria (Barcelona: Herder, 2017), 101.

²⁴ Juan Carlos Mansur, “Derecho a la belleza en las ciudades”, *Estudios* xvi, núm. 126 (2018).

Expoliar la naturaleza supone la absoluta falta de respeto. A diferencia de lo espectacular, el respeto (de *respectare*: volver a mirar) supone una reconsideración de lo que se tiene delante. Ese respeto es condición de posibilidad de la habitabilidad. Es imposible habitar sin respetar. La ocupación es violenta. Por ello, “[l]as ciudades que son habitables irradian belleza. Sea que se trate de la belleza de los espacios naturales o de los espacios con mobiliario urbano, habitar nos hace vivir las cosas en su esencia y contribuye al bienestar de sus pobladores y visitantes. Por esto se puede pensar que el embellecimiento de los espacios es parte fundamental de quien sabe habitar”.²⁵

Al comprender y propiciar la belleza, la persona no solo funda un espacio, sino que provoca una transformación en su sensibilidad, que detona simpatía, respeto, deseo de cuidado y de permanencia. La belleza es eminentemente efusiva e íntima: apenas es susceptible de comparirse con quien se tiene un vínculo. Pero, además, únicamente la vivencia del espacio bello propicia el cuidado mutuo en el espacio público. Para Pallasmaa, el hombre se enfrenta a la ciudad con su cuerpo:

[M]is piernas miden la longitud del soportal y la anchura de la plaza, mi mirada proyecta inconscientemente mi cuerpo sobre la fachada de la catedral, donde vaga entre cornisas y contornos, toqueteando el tamaño de los retranqueos y los saledizos; el peso de mi cuerpo se encuentra con la masa de una puerta y mi mano agarra el tirador, pulido por incontables generaciones, a medida que entro en el vacío que hay detrás. La ciudad y el cuerpo se complementan y se definen mutuamente.²⁶

Caminar es humano. Ante la propagada instrumentalización del espacio urbano que reduce el caminar a un mero trasladarse de un punto a otro en el dentro de un lugar cerrado (pienso en el centro comercial)—, en el habitar como vivencia el paseo es una circunstancia humana fundamental, tanto para la persona como para su vida ciudadana, “[u]na vivencia corpórea en la experiencia de la movilidad, como en el caminar, así como la experiencia auditiva, olfativa, táctil y visual, que son

²⁵ *Ibid.*, 21.

²⁶ Juhani Pallasmaa, *Habitar*, trad. por Àlex Giménez Imirizaldu (Barcelona: Gustavo Gili, 2016), 50.

integradas por la persona que vive el espacio y lo interpreta de forma creativa”.²⁷

El hombre es un ser que camina porque la tierra determina su condición humana. Henry David Thoreau escapó de la ciudad y se fugó a las orillas del lago Walden para caminar. El paseo implica el exterior. Solo el sociópata da paseos alrededor de su habitación. Caminar en el exterior fue en alguna época el mejor modo de disponer al cuerpo para pensar. De Sócrates, cuenta Jenofonte que “vivió siempre a plena luz: ya que por la mañana iba a paseos y gimnasios; se le veía en el ágora en la hora de más concurso; y lo restante del día se le hallaba siempre donde la mayoría acostumbraba reunirse”.²⁸ Y los aristotélicos fueron llamados peripatéticos por el mismo motivo. Caminar afuera nutre al alma. “Ha de hacerse el paseo por espacios abiertos para que el ánimo se fortifique y levante al cielo libre y a pleno aire”.²⁹ Así, Thoreau huyó a la ribera del Walden para caminar a sus anchas.

¿La vida humana es posible al margen de la tierra? El año pasado, Judith Butler afirmó en un encuentro convocado por la UNAM que “[s]i una vida no es vivida es porque las condiciones para ello han sido destruidas. [...] Los seres humanos se imponen límites a sí mismos para crear un mundo habitado. [...] Si destruimos la Tierra, también destruimos nuestro mundo”,³⁰ porque la Tierra es la quintaesencia de la condición humana, como afirmó hace 70 años Hannah Arendt en el prólogo de *La condición humana*.³¹

¿Podremos algún día aplastar definitivamente a la naturaleza? Intuyo que sí. Tarde o temprano seremos unas mentes rodeadas perfectamente por una materia que permita algo parecido a la vida. Un envoltorio de titanio, por mencionar algo, rodeará una suerte de cerebro, un cerebro

²⁷ Mansur, “Derecho a la belleza en las ciudades”, 24.

²⁸ Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates / Banquete / Apología*, trad. por Juan David García Bacca (Ciudad de México: UNAM, 1993), *Mem* 1, 10.

²⁹ Séneca, *Tratados morales*, trad. por José M. Gallegos Rocaful (Ciudad de México: UNAM, 1991), xvii, 8.

³⁰ “What makes for a livable life”, acceso el 20 de octubre de 2021, tv.unam.mx/portfolio-item/festival-aleph-2020-what-makes-for-a-livable-life/.

³¹ Hannah Arendt, *La condición humana*, trad. por Ramón Gil Novalés (Ciudad de México: Paidós, 2017), 13-19.

plagado de prótesis que crearán la ilusión del mundo en una especie de onanismo neuronal. Como los cinematógrafos sensoriales de la novela de Huxley, habrá un sucedáneo mental de realidad a pedido. Y, entonces, el exterior será interior, libre de bichos y amenazas.

Mientras eso ocurre, como recuerda Kavafis, la ciudad es irrenunciable, la llevaremos por doquier y a costas. Y, por ahora, la vida humana es vivir juntos con otros. La ciudad después de la pandemia se hará en el afuera solo si empezamos a recuperar el espacio. En Séneca, hay una clave para lograrlo:

Si prescindimos de toda convivencia y renunciamos al trato de los hombres y vivimos vueltos exclusivamente a nosotros, seguirá esta soledad, desprovista de todo deseo, una escasez completa de ocupaciones. Empezaremos a construir unos edificios, a derribar otros, a remover el mar, a conducir las aguas contra la dificultad de los lugares, y a malgastar el tiempo que la naturaleza nos dio para consumirlo bien.³²

³² Séneca, *Tratados morales*, *De Tranq.* III, 7.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.